

—Pero á lo ménos deme vd. un plazo.

—Lo he determinado ya y saldrás de aquí á una hora. Un amigo va á Granada por dos ó tres meses, y dentro de poco estará aquí su coche para conducirte: tiene ya mis instrucciones y nada te faltará; cuando vuelva, volverás con él.

—¡Tío, por Dios!...

—No vas preso sino por tu mismo honor; y ya sabes que una fuga, una locura te perdería... Llegá á lo ménos á Granada y allá reflexionarás que esta dureza con que á mi pesar te trato, este sacrificio que por cierto grado de violencia te arranco, son necesarios para tu felicidad, único objeto que me propongo.

—Pero no es preciso desterrarme: yo le prometo á vd....

—Otras veces nos has prometido lo mismo y te has burlado.

El ruido sordo de un carruaje comenzó á percibirse á lo léjos en medio del silencio. Los dos permanecimos callados. Un momento despues el carruaje se habia detenido á la puerta.

—El coche está ahí: disponte á partir.

—Pero no llevo ni siquiera lo preciso....

—Lo llevas todo.... Abrazame, y ten presente que de tu prudencia depende tu felicidad.

Lo abracé sin responderle nada, y embozandóme en mi capa eché á andar: mi tío me acompañó hasta el coche, saludó á su amigo y partimos.

¿Por qué fuí tan débil? Acaso lo imprevisto del ataque me desconcertó; y por otra parte..... Cedí, en fin, porque así lo quiso Dios.

Setiembre.

Creí que iríamos solos en el coche yo y el amigo de mi tío; pero al entrar en el carruaje percibí á pesar de la oscuridad, pues aún no amanecía, otras dos personas á quienes saludé, sin saber siquiera el seco á que pertenecian.

Caminamos seguramente una hora sin hablar una sola palabra arrebujaado cada uno en su rincon, y con los vidrios echados por temor del frio. Yo que en toda la noche habia dormido, y estaba fatigado del baile, me quedé dormido.

Un fuerte salto del coche me despertó; ya habia amanecido, y á la apacible luz de la mañana ví frente de mí las dos caras mas bellas é interesantes que pudiera imaginar.... pero dos caras tan afligidas, tan llorosas, que olvidé mi pesar para sentir el suyo que ignoraba—Es tan simpática una jóven bella y llorando, que hubiera procurado consolarlas, si no me lo hubiese prohibido la absoluta falta de relacion que con ellas tenia.

D. Rodrigo, el actual conductor de todos tres les hablaba de vd. por donde inferí que no eran sus hijas, ni siquiera sus parientas. ¿Pues por qué iban solas con él por un camino? ¿por que lloraban?.... Cuando pude entrever sus vestidos bajo las capas con que se abrigaban, percibí que no tenian luto....

luego su duelo va en el corazon. Irán como yo, robadas á sus amantes?... qué sé yo.

Juntónos la casualidad, y el dolor nos hizo hermanos. Durante el almuerzo que ellas ni yo tomamos, cambiamos algunas frases, y acaso hubieramos comenzado á hacernos algunas confianzas, porque ellas á lo ménos lo necesitaban; pero el respelillo de nuestro comun raptor nos volvia silenciosos.

Mal comer, mal dormir, estropearse; celebrar un bonito puente, gozar la amenidad y la frescura de un bosque, este es el compendio de todo diario de viaje. El nuestro terminó felizmente en Granada, donde nos apeamos de pronto en la casa que se habia preparado á D. Rodrigo.

Llegariamos á las tres. Antes de anochecer, las jóvenes con su guardian volvieron á montar en un coche para ir á casa de la familia con quien debian vivir, pues no era bien que hubieran permanecido en la habitacion de dos hombres solos.

Yo quedé autorizado para visitarlas; y ántes del cuarto dia las habia ido á ver.

Eran primas; ninguna de las dos llegaba á 20 años, y se llamaban, una Clara, la otra Teodora.

—En fin—me dijo Clara despues de haber andado un rodeo de media hora—le voy á confiar á vd. mi secreto en cambio de un favor.

—Hable vd.

—Yo he venido casi robada.

—¡Cómo!...

—Sí, de nuestros amantes.... íbamos á casarnos, y papá nos ha enviado repentinamente.

—Como á mí....

—Pues qué ¿vd. tambien?

—Vengo desterrado por mi tio por igual motivo, y bajo la custodia de D. Rodrigo.

—Este hombre es el verdugo de los amantes—dijo Teodora.

—El obstáculo de nuestros matrimonios—añadió Clara....

—De modo que somos tres los divorciados.... vamos, pues el hombre tiene trazas de querer extinguir la especie humana. Y bien, ¿en que puedo serles útil?

—Nosotras no quisieramos, porque al fin dirá vd....

—No, nada digo....

—Aquí no conocemos á nadie, y fiarnos de un criado....

—Vamos, hable vd. con franqueza: ya sé que esa clase de servicios se deben al infortunio; y si yo estuviera en igual caso haria lo que vdes.

—Pues bien, fiandonos en su discreccion y su amistad, queremos que busque vd. en el correo las cartas que vengan con esta direccion, y que nos las entregue.

Y poniendose medio coloradita, sacó del seno un papel donde estaba escrito un nombre.

Precisamente lo primero que yo habia buscado al llegar, era el correo, para escribir inmediatamente

á uno de mis amigos esigiendole los mismos servicios que ellas reclamaron de mí.

Ninguna carta habia con aquel sobre: volví en la tarde á decirselos; y recibí nuevas y eficaces súplicas de no olvidarme de buscar cada día que llegase correspondencia de Madrid.

Una vez que ya hice conocer á estos otros personajes, es necesario que aunque en pocas líneas termine yo su historia, para volver á la mía.

Sin grandes relaciones ni quehaceres, desde los primeros dias frecuenté los cafés. Una noche que estaba yo mirando jugar al billar, se sentaron á una mesa cerca de mí dos jóvenes, que me invitaron á tomar en su compañía algun refresco. Acepté sin dificultad, y en pocos momentos estabamos ya de confianza.

—Vd. viene de Madrid, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Tal vez le interese á vd. saber que el domingo último he visto á la Srta. María en la misa mayor....

—¡Ah!.... ¿de veras? Luego vdes. vienen de allá.

—Con cuatro dias de diferencia.

—¿Y está buena María?

—Seguramente.... y á haberme sido posible habria traído á vd. algunas mas noticias... La situacion de un amante separado por la fuerza, merece toda clase de ausilos.

—Mil gracias.

—En semejante caso todos los hombres se deben recíprocos servicios.

—Si algun dia pudiera servirles de algo....

—Tal vez ahora mismo.

—¿De qué manera?

—Vd. no ha venido solo.

—No en efecto: por una coincidencia original eramos tres los desterrados; yo, y dos jóvenes bellísimas que se traian robadas á sus amantes.

—Nosotros....

—¿Cómo!.. ¿vdes?....

Despues me esplicaron cómo las novias habian podido hacerles llegar la noticia de su destierro, las dificultades que tuvieron que vencer para emprender el viaje, y las esperanzas que los animaban; terminando por hacerme su Mercurio confiandome una carta, y protestandome que si volvian á Madrid, primero que yo, harian otro tanto con María.

Si no hubiera sido de noche y algo tarde, habria corrido á alegrar á mis compañeras; pero tuve que esperar hasta el siguiente dia, en que tan temprano como pude fuí á visitarlas.

Hasta me abrazaron; y entónces ví por propia experiencia que un confidente es el mas probable sucesor de un amante. Por fin, llegaron á entenderse sin necesidad de mi mediacion; y sus amores tuvieron un desenlace bien diferente.

Uno de los jóvenes, á consecuencia tal vez del sol y las molestias del camino, fué atacado de una fiebre, y quedó sepultado en Granada—Castigo de Dios dirán las viejas—Teodora está hoy en un convento con el hábito de monja.

Clara vive todavía al lado de su esposo, y á lo que parece son felices.

Volvamos ahora á mí.

El amigo á quien habia escrito me respondió que habia hecho llegar mi carta á María; pero ni de ella ni de él volví á recibir una letra. Al principio multipliqué mis cartas, me entristecí, me desesperé; y teniendo el mismo silencio por respuestas me fuí resignando poco á poco.

Las relaciones de aquí; los objetos nuevos, y mas que nada, aquello de ojos que no ven. . . me fueron tranquilizando de modo que deseaba retornar á Madrid por volver á mi casa, á mis costumbres, á mis amigos, á mi colegio; y María era uno de tantos; pero no el único ni el principal estímulo.

Las palabras de mi tío que de pronto me espantaron y no comprendí, fueron filtrando en mi corazón la desconfianza, que confirmaba su silencio; y mi amor llegó á ser condicional—Cuando vuelva me informaré—decía yo—: si merece mi amor me reconciliaré, si es una muger corrompida la humillaré con mi desprecio. . . . Tan liviana con otros, y tan honesta conmigo! . . . Hipócrita! . . . Si, porque algun motivo tiene el mundo para murmurarla.

X ¡Necio! entónces no sabia que la sociedad condena por una palabra, que la muger pierde la reputación muchas veces á causa de su misma vir-

tud; que su honor no depende de su conducta, sino de la lengua de un maldiciente, ó de una escena casual. . . .

Y á pesar de tanto, todavía no llegaba á sospechar la parte que D. German tendria en estas hablillas del público; yo me figuraba otras mil historias; pero desde el momento en que vacilé sobre la virtud de María debí dejar de amarla. No habia ya en mi corazón sino las cenizas del fuego apagado; los zelos del amor propio ofendido; la curiosidad de descubrir ahora tal vez, la esplicacion de aquellos misterios, que ni ella habia querido esplicarme, ni yo habia intentado descubrir fiandome en mi candor y en el suyo.

1831—Enero.

Poco mas de tres meses permanecí en Granada: cuando volví á Madrid me sentia casi curado. Así lo creyeron tambien mis parientes; y con su anuencia volví á visitar á María, para romper mis relaciones poco á poco y no con la violencia que suele producir disgustos y murmuraciones.

Yo podia, pues, visitar á María: D. German habia hecho un viaje, y ellas vivian ya solas... pero pobres. ¿No recibirian ningun socorro de ese hombre con quien siempre habian formado una sola familia? Ellas me dijeron que sí, y yo les daba crédito, aunque estrañaba la casi miseria en que vivian.

Desde que volví á verla volví á creer en su virtud, en su amor. . . . su semblante tenia una es-

presion tan sincera, tan natural que no la juzgué capaz de engañarme, y reprendí mi ingratitud. Sobre todo, una muger perdida no es pobre cuando tiene talento; y las privaciones á que la veia sujeta, me aseguraban de su inocencia.

Sin embargo, tuve la crueldad de aventurar algunas pruebas permitiendome licencias de hecho y de palabra, que á ser fundadas mis sospechas, debieron descubrir su hipocresía; pero la hallé siempre tan severa, se quejó con tanta amargura y con tan natural estrañeza de este cambio en mi conducta, que volví á mirarla con el mismo respeto que ántes.

Hubo una circunstancia, indiferente tal vez para los estranos, pero que en mí preparó para despues uno de los mayores dolores que he sufrido.—Estabamos un dia asomados á la ventana y pasó una muger tan pálida, tan enfermiza al parecer, y tan llena de harapos, que me compadeció: la frente de María tambien se nubló y me dijo sonriendo forzadamente:

—Tal vez un dia me encuentres así, y ni volverás la cara para darme una limosna.

—Calla; no digas esas cosas.

—Quien sabe: es tan caprichosa la fortuna y sus facciones se contrajeron con la angustia.

—Qu^s tienes María?

—Nada: hablemos de nuestro amor.... fué una chanza.

María habia leido en su porvenir y en mi co-

razon. Ya no la amaba yo, la compadecia solamente: seguia visitandola como ántes, porque me repugnaba despedirme de ella, desengañarla, cuando no me daba el menor motivo de queja, cuando su situacion misma exigia de mi nobleza amarla mas, y cumplirle una promesa que ahora hacia indispensable su posicion.

Cuando era rica y pretendida de otros me habia hecho el favor de amarme pobre, y ahora ¿la habia yo de abandonar próxima á la miseria?

Pero este mismo cambio de situaciones me iba haciendo mas pesada cada dia la obligacion; bastaba que lo fuera para resistirme al cumplimiento; ella habia descendido un poco, mucho, yo habia ascendido, y comenzaba á concebir ambiciones mas altas en el mundo mas elevado que empezaba á frecuentar. Salir de una rica sala donde podia escoger á una de las jóvenes que allí habia hermosas y elegantes, para ir á ver á mi novia á una vivienda sucia y triste, como lo estaba ella misma muchas veces....

Maldito orgullo!....

Las dificultades de aquella familia se aumentaban, y yo llegué á sospechar que D. German la habia abandonado.

—Toma! ahora estas en sospechas?—me dijo un amigo á quien consulté mis temores.—Las abandonó é hizo bien; vestir el santo para que otros lo adoren.

—Como?

—Hazte chiquito, cuando tú tienes la culpa... Irle á robar al pobre viejo la querida dentro de su propia casa....

—Querida!....

—Si no lo era, bien caros le salieron al pobre hombre sus deseos.

—Pero y la madre?.... y aquel chico?....?

—Hombre, hombre; solo dos cosas incompatibles hay en este mundo, la muerte y la vida.

Me estremeció de horror aquella cínica revelacion.... A los 20 años se cree en el pecado; pero no en crímenes de esa especie.

Si en los dias calorosos de mi pasion me hubieran descornado aquel velo para dejarme mirar tanta maldad, me hubiera desesperado; pero frio ya afortunadamente, lo que hice fué despedirme de lo que en el mundo se llaman las ilusiones.... las creencias que alimenta uno en la niñez y en la primera juventud.

Entónces me lo espliqué todo: los mimos del tutor habian durado el tiempo necesario para vencerla; los zelos de mí produjeron el mal trato posterior; la entrada al claustro fué un convenio para probar si me amaba; y en fin mi espulsion de su casa, la consecuencia de algun deseno.... el abandono de ellas habia sido por cansancio ó por zelos, no ya de mí, de otro.... Conmigo habia representado el papel de la honesta, la recatada, la inocente, porque al fin necesitaba un marido, y yo era el mas apropiado, el mas necio que habia encontrado....

Tan fuerte impresion hicieron en mí estas reflexiones, que en vez de agitarme produjeron en mi corazon la calma sombría, la resignacion silenciosa de la muerte.... De veras me habia asesinado el alma!.... y precisamente en la época en que se comenza á sentir el fuego de la edad, el alboroto de la ambicion, el deseo de gozar, de vivir... ¿Como reconocer despues la virtud, si aquella muger tan asquerosa habia sabido aparecerme como una vígen sin mancha?.... La fé, la fé es el alma de la vida, del amor, de los placeres....

Para no cometer una imprudencia dejé pasar dos ó tres dias, al cabo de los cuales fuí á su casa.— Cuando quedamos solos me reconvinó con dulzura mi falta

—¿Por qué no habias venido?

Yo sin responderla, sin mirarla, le dije con toda la severidad de que me creia autorizado:

—Es preciso que todo acabe entre nosotros: mi familia no te cree digna de mí y al cabo no podremos unirnos. Devuélveme cuantas prendas te he dado y olvidame.

Es indescriptible la espresion que tomó su fisonomía al escucharme.... indagó con una mirada la verdad de mis espresiones, y se levantó para entrar en la pieza inmediata.

—Todo es ficcion—dije entre mí casi encolerizado.

Despues de pocos momentos volvió trayendo el paquete de mis cartas y un retrato, que ecsaminé

con desden ántes de guardar.... Al quitarse ella un anillo que yo le habia dado, se puso pálida, le temblaron los labios y una lágrima brotó de sus ojos.... de repente toda su cara se encendió como una brasa, se secaron sus ojos y cayó junto á mí en una silla....

—¡El despecho!....—dije yo: y me levanté para despedirme.

Julio.

X De un desengaño nace la desconfianza, de la desconfianza el desaliento, del desaliento el abandono, del abandono la corrupcion; pero la corrupcion de las costumbres supone la del corazon; desde que en él no se encuentran los goces puros del sentimentalismo, forzoso es entregarse á la disipacion y los placeres de la materia, para gastar en algo la actividad y no morir en la inaccion.

Comenzaron á fastidiarme los libros y el estudio; me volví taciturno y melancólico; me disgustaba de todo, y para disipar el desabrimiento interior que sentia, buscaba una pandilla de estudiantes perdularios, para tomar parte en sus calaveradas y despilfarros, dejandome llevar á todas partes donde encontraba yo ruido, desórdenes, crímenes tal vez, que aunque no cometia yo mismo, me bastaba verlos, para distraer con ellos mi imaginacion preocupada.

Cierto dia estaba yo con uno de estos amigos bebiendo francamente en tête-á-tête en la mesa de

un café: habiamos vaciado algunas copas y estabamos ya alucinados, en el primer grado de la embriaguez.

—¿Con que al fin quebraste con la Mariquita?... Hiciste bien: el amigo que no da.... ya me entiendes.

—No te entiendo.

—Muchacha mas necia... (el sinónimo) con lo que le daba el viejo bien podia mantenerte... se resistió al dinero, y mañana se entregará á uno que la mate de hambre....

—¿Qué dices? ¿qué dices?..

—Pues qué... ¿no sabes que el viejo la pretendia?

—¡Mentira!..

—Que mentira... Bebe... anda... A la salud... es decir, á la virtud de la Mariquita.

Bebimos, y mi amigo dando un porrazo con la copa al ponerla sobre la mesa, continuó:

—¡La virtud!... ¡la virtud!... Una caída mas ó ménos, cuando al fin....

—¿Pero qué dices?

—¿Qué digo? Nada, pero la Mariquita fué una tonta y tú tambien. Resistirsele á un hombre que hasta le iba á poner coche....

—¿Resistirse?

—¿Pues por qué las echó?... La otra ya estaba vieja y no las habia de mantener por su linda cara.

—¿A ver?... cuenta, cuenta.

—Pues sí, hombre; tú eres mi amigo y no te caello nada. Ya sabes que estaba contratada la chica;

pero no quiso, y amen: se enojó el otro... Despues de todo, tú tuviste la culpa, porque dicen que te queria; pero hiciste bien: las beatas como esa que tienen miedo todavía, no dan honra ni provecho.

—¡Bebamos!...

—A la salud del... Oye, francamente; ¿fuiste tan bestia como el tutor?

—Sí; y ahora me pesa.

—¿Ella te daba ocasion?

—En cuanto á eso....

—Mentira que te queria; si te hubiera querido se hubiera ablandado con el viejo, para vivir á sus anchas contigo... bien sabe que no tienes en que caerte muerto, y que de otro modo nada podian hacer... ¡Eh! hiciste bien; las mugeres son á no son.... ¡A tu salud!....

—¡A la tuya!....

No estaba yo alucinado el dia siguiente; al contrario, sentia aquella languidez, aquel desagrado que despues de un dia de escesos agota las fuerzas y destiempla los sentidos. La frente está fatigada, los ojos turbios y hundidos, pero la imaginacion está clara y la vida pasada se retrata en el cerebro con toda la viveza y claridad que en un espejo: el corazon late cansado y tiene tiempo de ser vencido por los remordimientos.

María es virtuosa, y la sociedad hipócrita la deshonra; me era fiel y la abandoné... es pura, y la gente perdida se burla de su necedad.... ¡Qué mu-

ger habria hecho por mí iguales sacrificios? por que es evidente que por mí los ha hecho; por mí ha despreciado el lujo, los placeres, el brillo; mientras que ahora su única perspectiva es la miseria la desgracia... ¿Seré tan feliz con una de esas petimetras, frívolas y orgullosas que se burlan de mí, como lo hubiera sido con ella, inocente y pura, que no tenia otro pensamiento que mi amor y mi felicidad?... ¡Oh! pero es pobre, no es elegante, es fuerza despreciarla; su existencia es oscura, su virtud estéril, mis amigos seguirian burlandose, y si al fin me casara con ella caeria en ridículo. . . . ¡Pobre María!... ¿qué será de ella tan tímida, tan delicada?... ¿Correré á buscarla para echarme á sus piés arrepentido y remediar mi falta?... ¡Oh! seria una debilidad imperdonable para el mundo: cautivar me con una muger, virtuosa es verdad, pero sin maneras, sin elegancia, sin nombre... Por fortuna ya está hecho: ahora lo que puedo hacer por ella es compadecerla.. ¡pero que no lo sospeche nadie!... creerian que aún la amaba y esta sospecha me humillaria.

Una muger no tiene derecho de ser amada, sino cuando es hermosa, rica, y aristócrata: no importa que su corazon esté corrompido si los perfumes disimulan su hediondez, y un rico traje encubre su fealdad..... Pero una muger pobre y olvidada!..... ¿quién le mandó nacer de una familia corrompida y sin fortuna? Debió hacerse tambien criminal para conservar su rango; así tal vez me hubiera con-

servado á mí tambien, porque la sociedad la habria murmurado, pero la hubiera admitido....

Reflexiones como estas solian amargarme la vida algunos ratos, causandome remordimientos; pero hacia ya mas de seis meses que no la veia, y poco á poco la fuí olvidando en medio de mi disipacion.

Un dia andaba yo de broma con mis amigos; y una mugercilla de ojos vivos y trage indecente provocó el deseo de alguno de ellos: siguióla inmediatamente, y los demas por no abandonarlo seguimos tras ellos.

La muger entró á una casa; y nuestro amigo ántes de entrar tambien, nos hizo seña de que fuésemos.

La muger, como muchas de su clase, habitaba una buardilla; entramos á su pesar todos, y despues de un cuarto de hora que habiamos gastado en escarnecerla y reirnos á su costa, la voz de—ahí viene mi hombre—nos asustó. Supusimos todos que el hombre podia ser uno de esos queridos que escupen de medio lado y gastan puñal; y por huir de su furia, y de un escándalo, nos salvamos cada uno como pudo.

Yo no encontré mejor recurso que colarme en la guardilla inmediata cuya puerta ví entreabierta... Iba yo á hablar para disculpar mi repentina entrada, y el espectáculo que se me ofreció heló mi sangre, y paralizó mi lengua....

A la izquierda en el rincon, sobre una cama negra y hedionda estaba una muger escuálida, amarilla, con los cabellos canos y erizos, los párpados aplomados y hundidos: era un cadáver, mas bien que una muger, no acostado, sino tirado entre un monton de andrajos asquerosos: en la cabecera, un muchacho de 10 á 12 años, casi desnudo, sentado en una silla rota, apoyaba su cabeza sobre la almohada de la enferma: enfrente una jóven sentada en el suelo, con los brazos cruzados, y con la frente hundida entre las rodillas... Ni un ropero, ni un banco, ni un mueble; algunos trastos de barro en un rincon, y una hornilla apagada... Era la miseria en toda su desnudez y deformidad...

Al entrar yo, la jóven levantó la cabeza, sus facciones se contrajeron, y permaneció quieta esperando que le hablara; la vieja entreabrió los ojos al ruido, y reconociendome sacó su brazo descarnado como la muerte, y tendiendomelo, me dijo con una voz casi apagada:

—Mis hijos!..

Era D^a Juana que se moria de hambre, con los dos hijos que le habian quedado.—Teresa estaba perdida, y no se acordaba de ellos.

Fuí á tenderle mi mano á María para que se levantara y la rehusó...

Un momento estuve parado en medio del cuarto, mirando el techo bajo y ennegrecido, las paredes ahumadas, el suelo con una costra de suciedad.... El frio del invierno habia comenzado y ni la venta-

na tenia una vidriera, ni María parecia tener otra ropa que el túnico desgarrado ya en algunas partes, y un pañuelo de algodón que le cubria el cuello.

—¿No habrán comido estas gentes? ¿no tendrán siquiera fuego?...—Un remordimiento me punzó el alma; y para no herirlas con una pregunta saqué un cigarro.

—No tenemos lumbre-me dijo María-y volviendo la cara se enjugó una lágrima con la punta del mezuquino pañuelo....

Yo no tenia valor para levantar los ojos á ella, ni para hablarle; temblaba interiormente temiendo oír una queja, un reproche, una maldición.

La pobre vieja viendome en pié, me invitó á sentarme en la cama: yo lo rehusé por ascó y por temor de derribar con mi peso aquel lecho vacilante.

No pude estar cinco minutos sufriendo la impresión de aquel cuadro horroroso... Pero ántes de despidirme registré todos mis bolsillos y solo me encontré un peso: ántes que yo lo ofreciera á nadie, María alargó su mano y tomándolo, me dijo con la sonrisa del sarcasmo:

—Al fin, me has dado una limosna....

¡Oh! ¡aquello era horrible!.... buscaba yo palabras para disculparme, para consolarlas, para prometerles que volveria á traerles un socorro; la vergüenza y el dolor me ahogaban.... María estaba enfrente de mí con los brazos caidos, los ojos clavados en el suelo; el muchacho me veia azorado: la vieja dormia ó estaba desmayada.... Haciendo

un esfuerzo le dije á María un-adios-desesperado; y me precipité fuera de aquel infierno de los vivos, agujoneado, destrozado por los remordimientos.

Si yo fuera hombre—decia luego—la sacaria de esa miseria en que yo mismo la sumergí. En vez de ser un estudiante holgazan, trabajaria por ella; y aun cuando no trabajara, lo que gasto en placeres inútiles y corruptores, acaso le bastaria para vivir.. Sí, me casaré con ella al fin... pero ¿y su madre? ¿y su hermano? ¿he de cargar tambien con ellos, y con el desprecio público?... ¿Quién le manda tener una familia que la deshonra, que le estorba el ser dichosa?... Mis parientes por su parte me desecharian, me cerrarian la puerta de sus casas; mis amigos se reirian de mí; la sociedad me desprecia-ria.... ¡Eh! ya se me olvidará esto; que sé yo si por tontera ella misma se habrá labrado su martirio; si será uno de aquellos misterios de la vida que no se comprenden sino por los mismos actores.... Si es virtuosa, le queda la Providencia que no la dejará morir de hambre....

Despues de diez años he vuelto á verla por la primera vez, paseando en coche en medio del bullicio de una fiesta. Los dos nos hemos saludado con visible conmoción.

¿Habrá recompensado el cielo sus virtudes, ó habrá al fin vendido su pudor?... Si está prosti-

tuida ¿quién tiene la culpa? . . . Yo tal vez, pero yo me disculpo con la sociedad que exige hipocresía, maneras y riqueza; que à mí solo me admitirá tal vez si la busco; pero que en compañía de una muger á quien habia señalado, me hubiera repudiado. . . .

Sin embargo; María lo sacrificó todo por mí ¿por qué no lo he sacrificado todo por ella? . . . El desprecio con que me humillan, el desden con que me atormentan ahora otras mugeres superiores á mí, no es mas que la justa venganza de mi ingratitude, de mi debilidad, de mi vileza. . . .

Quien sabe tambien si en algunos momentos no sentia yo tambien un impulso de regocijo maligno, al acordarme de Luisa, cuya perfidia vengaba yo en María.

Esta es la guerra interminable del fuerte y el débil; el hoy y el mañana de la rueda de la fortuna. Si el corazon no desconfiara à fuerza de desengaños; si no se corrompiera con el mal ejemplo, podria hallarse la dicha en la reciprocidad de los afectos.

Pero á mí me engañó Luisa, yo debia buscar una víctima á mi venganza. Víctimas que se sacrifican sin voluntad y teniendo que acallar los remordimientos. No es la intencion si no las circunstancias; llora uno con el martirio que causa, pero aprieta hasta matar, porque ese es el destino, eso es lo que hacen todos, eso es lo que exigen los caprichos, las leyes del mundo.

V.
PARA DESPUES.

Setiembre.

Visitaba yo entre otras personas á una familia compuesta esclusivamente de una serie de niñas, tradicionalmente doncellas, aunque la mayor tenia ya cerca de treinta años; la menor no llegaba á catorce, y por todas eran seis la hermanas. Huérfanas enteramente, vivian de una pequeña herencia que su padre les habia dejado, y que apenas les bastaba para vivir honradamente, en aquella mediocridad que tiene algo de filosófico, algo de ridículo y mucho de lamentable.

Es decir, cada niña tenia un túnico, un tápalo, unos zapatos para salir los dias de fiesta, vestido que tan pronto como volvian de la calle, se limpiaba, se doblaba, se guardaba con la mayor curiosidad para prolongar sus dias. Despues de uno ó dos años de uso, se le echaba al túnico un nuevo dobladillo, se mandaba reteñir el tápalo y entonces ya quedaba para ocasiones menos solemnes, hasta que por fin, cuando ya no se percibia el dibujo de